



EL FASCISMO
ERNEST MANDEL

La historia del fascismo es también la historia del análisis teórico del mismo. La aparición simultánea de un fenómeno social nuevo, de las tentativas efectuadas para comprenderlo, es más sorprendente en el caso del fascismo que en cualquier otro ejemplo de la historia moderna. El «shock» que experimentaron los observadores atentos al proceso fue todavía más fuerte en la medida en que esa sacudida de la historia vino acompañada del ejercicio directo de la violencia física sobre los individuos. Bruscamente, el destino histórico y el individual de millones de seres humanos se transformaron en una misma cosa. No sólo sucumbieron los partidos políticos, sino que la existencia física de importantes grupos humanos se convirtió en un problema.

Prólogo

El desarrollo de la Primera Guerra Mundial fue a la vez un efecto y un catalizador de la crisis del capitalismo europeo. La miseria y la destrucción que trajo consigo cristalizaron en la extensión de la convicción de que si el proletariado, la humanidad, querían sobrevivir, el capitalismo debía morir. De este modo, el chovinismo y el patriotismo estrecho que en los inicios de la conflagración permitieron a la burguesía y a los Gobiernos reaccionarios hacer olvidar a la gran masa de los explotados las diferencias y el antagonismo de clases que les separaban de ella, y embarcarla en la aventura imperialista, se vieron al final de la misma sustituidos por la reanudación y la agudización de la lucha de clases.

El imperio de los zares, eslabón débil de la cadena imperialista, azotado por contradicciones explosivas que la burguesía se mostró incapaz de resolver, fue la primera víctima del cambio de signo de la situación. La desintegración del zarismo, la debilidad de la burguesía, la concentración, combatividad y politización del proletariado, y la insatisfacción e impaciencia del campesinado que constituía el grueso de un ejército desorganizado por las derrotas militares frente a los alemanes, así como la experiencia de la revolución de 1905 y la existencia de un fuerte y experimentado partido revolucionario, el partido bolchevique, hicieron posible el derrocamiento de la autocracia y la instauración de la dictadura del proletariado, esto es, la toma del poder por los sóviets.

Sin embargo, el país que mejores condiciones presentaba para la toma del poder por el proletariado, era también el que menos las reunía para su mantenimiento y consolidación. El atraso económico de la joven república soviética, la intensa desorganización y destrucción del aparato productivo que supusieron la guerra imperialista, la guerra civil y la guerra contra la intervención exterior y la aplastante mayoría del campesinado, unidos al quebrantamiento de la vanguardia revolucionaria y la drástica disminución de la actividad política de las masas producto de los largos años de guerra y privaciones, harían imposible el mantenimiento de la revolución con base únicamente en sus propias fuerzas.

Así lo comprendieron la mayoría de los dirigentes soviéticos en los primeros años de la revolución. Si el internacionalismo proletario y las condiciones concretas de la Revolución rusa hicieron que sus esfuerzos y esperanzas se volcasen en un pronto estallido de la revolución en, al menos, algunos países capitalistas avanzados. Alemania era, lógicamente, el centro de su atención. El proletariado alemán era, sin duda, el más numeroso y mejor organizado de Europa. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) había sido durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX el modelo en el que se miraban y al que imitaban todos los socialdemócratas europeos; sus teóricos más destacados habían gozado de una inmensa autoridad entre los marxistas; su ala izquierda parecía capaz de arrancar a la gran masa de los trabajadores socialdemócratas de la influencia de los dirigentes oportunistas y reformistas. Pero a pesar de todo ello, el proletariado alemán no sólo fracasó en sus diversas tentativas de hacerse con el poder, sino que pronto perdió su predominio político en favor de la reacción nacional-socialista, fallo que pagó con la destrucción de sus organizaciones y la liquidación de la mayor parte de sus dirigentes, con el sufrimiento del terror político reaccionario, con la disminución de sus salarios reales y la intensificación

de su explotación, y con esa horrenda masacre que fue la Segunda Guerra Mundial.

Las causas de este cambio radical en la situación están muy lejos de poder ser simplemente atribuidas a la fatalidad histórica: sus jalones más importantes se encuentran en una serie de errores políticos de los partidos obreros en una época en la que los acontecimientos se desarrollan con extraordinaria rapidez.

Enero de 1919 es la primera derrota seria, aunque no insuperable, de la revolución alemana. El esfuerzo de los espartakistas y los delegados revolucionarios no logra arrancar a la mayoría obrera, fuera de Berlín y algunos otros reductos, de la influencia de los socialdemócratas mayoritarios, que asumen abiertamente la tarea de proteger el sistema capitalista y su Estado, y se constituyen en jueces y verdugos de la revolución en clara connivencia con los sectores más reaccionarios de las clases dominantes alemanas. En 1921 la situación económica y política parece haberse estabilizado, al menos relativamente, en todo el Occidente capitalista. El momento de las convulsiones revolucionarias ha pasado y la lucha directa por el poder se aplaza por un periodo probablemente corto pero, en todo caso, todavía imprevisible. El Congreso de la Internacional Comunista aprueba un repliegue táctico en todos los frentes en la URSS, la implantación de la Nueva Política Económica; en los países capitalistas, la táctica de Frente Único Obrero, destinada a lograr la unidad de la clase obrera y a desbancar pacientemente la influencia reformista en su seno.

No obstante, esa nueva estabilidad relativa va a durar poco en Alemania. Durante el año 1922 el Gobierno alemán es incapaz de satisfacer las reparaciones que le han sido impuestas por el Tratado de Versalles, lo que sirve de excusa al Gobierno francés para ocupar con sus tropas la zona del Ruhr. Este acontecimiento provoca una crisis inmediata que se manifiesta en una inflación incontrolable que arroja a la miseria y a la desesperación a amplias franjas de

las clases medias y la pequeña burguesía, en un gran aumento del desempleo, en huelgas masivas en el Ruhr y otros centros industriales, en la pérdida general de confianza en el Gobierno y en una polarización de las opciones, que se traduce en el rápido crecimiento de los nazis y otros movimientos de ultraderecha, por un lado, y de los comunistas por otro. Pero en medio de la crisis, la dirección del Partido Comunista Alemán (KPD) vacila y deja escapar la oportunidad de dirigir al proletariado hacia la toma del poder. En 1924, el Gobierno, con la ayuda de los Estados Unidos, es capaz de estabilizar de nuevo la economía y su propia autoridad política. En las elecciones al Reichstag de mayo de 1924, el total de votos obtenidos por socialdemócratas y comunistas, que en 1919 había llegado hasta el 45 por 100, cae ahora a un 33 por 100. La influencia de los nazis, por otra parte, disminuye aún más drásticamente.

1925-1929 es el periodo de máxima estabilidad de la República de Weimar. En 1925 gana la presidencia el general monárquico Hindenburg, apoyado por una gran coalición de derechas, frente al candidato del Centro Católico, apoyado por los socialdemócratas, y al candidato comunista. El Partido Socialdemócrata sigue siendo el más fuerte de Alemania: el gobierno federal está en sus manos durante dos tercios de la duración de la República de Weimar, y en otras ocasiones tolera gobiernos distintos rehusando aprobar votos de desconfianza contra ellos. Desde 1920 hasta 1939 ocupa casi sin interrupción el gobierno de Prusia (que agrupa a casi dos tercios de la población del país, incluido Berlín). En 1928, tras cuatro años de ausencia, vuelve a ocupar el gobierno federal. En las elecciones que llevan a los socialdemócratas al gobierno, los comunistas consiguen aproximadamente menos de una tercera parte de los votos que el SPD y los nazis menos de la décima parte.

1928 es también el año en que la Internacional Comunista, ya completamente dominada y depurada por Stalin y sus seguidores, formula la política del «tercer periodo» (tras

un primer periodo de crisis capitalista y levantamientos revolucionarios —1917-1924—, y un segundo de estabilidad capitalista, 1925-1928), en el que la crisis y las revoluciones están de nuevo a la orden del día. Las soluciones últimas a las que se ve obligada a recurrir la burguesía para salvar la crisis son el fascismo y la socialdemocracia, que no son polos opuestos, sino fundamentalmente «gemelos». A partir de aquí el enemigo principal es la socialdemocracia, que será calificada de «social-fascista». Según Thaelmann, «la dominación fascista ha sido ya establecida en Alemania por medio del gabinete de coalición de Mueller» (nombre de su presidente, socialdemócrata). La escisión a fondo en el seno de la clase obrera está ya creada; los obreros comunistas y socialdemócratas se enfrentan entre sí, los sindicatos se escinden, etcétera.

La influencia del KPD crece en este periodo, a pesar de sus errores, pero su separación con respecto a la base del partido socialdemócrata es cada vez mayor. A finales de 1930, la Federación de Sindicatos dirigida por los socialdemócratas cuenta con más de cinco millones de afiliados, mientras que la Oposición Revolucionaria Sindical (RGO), dirigida por el KPD, apenas cuenta con 150 000 adherentes. En esta misma época, las Secciones de Asalto del NSDAP cuentan con unos 100 000 miembros.

Pronto va a abrirse una nueva crisis. La Gran Coalición en el gobierno no logra ponerse de acuerdo en cuanto a las medidas económicas a tomar, y el gabinete Mueller dimite en marzo de 1930. Hindenburg nombra canciller a Heinrich Brüning, del Partido del Centro, que forma Gobierno con otras fuerzas de la derecha. No logrando obtener la mayoría parlamentaria en el Reichstag, Brüning decide gobernar mediante el decreto de emergencia previsto en la Constitución de Weimar votada por los propios socialdemócratas. En este mismo año, las elecciones reflejan los resultados de la crisis y de la incapacidad de los partidos obreros para solucionarla: el total de votos conseguidos

por socialdemócratas y comunistas desciende del 40,4 al 37,6 por 100 con relación a 1928, mientras que el obtenido por los nazis aumenta en un 700 por 100 con relación al mismo año. No obstante, tomados aisladamente, los votos de los comunistas aumentan en un 40 por 100, lo que sirve a la dirección del KPD para calificar las elecciones de «victoria de los comunistas» y de «principio del fin» para los nazis.

El KPD sigue considerando como su objetivo fundamental el combatir al SPD. Así, en 1931, comunistas y nazis votan conjuntamente contra el Gobierno socialdemócrata en el referéndum prusiano, que los primeros califican de «rojo» y los segundos de «pardo», aunque la victoria es para los socialdemócratas. Esta política de división no puede por menos que desorientar a la clase obrera en su conjunto y desprestigiar a los comunistas ante los ojos de los trabajadores socialdemócratas.

En 1932 la crisis económica empeora, alcanzándose la cifra de cinco millones de parados, y disminuyendo cada vez más los salarios y los subsidios de paro en términos reales. En marzo son convocadas nuevas elecciones presidenciales, en cuya primera vuelta los votos se reparten de la siguiente forma: 49,6 por 100 para Hindenburg, apoyado ahora como un «mal menor» por los socialdemócratas, 30,1 por 100 para Hitler; 13,2 por 100 para Thaelmann, y 6,8 por 100 para Duesterberg, líder de la Stalhelm, organización de ultraderecha. No habiendo obtenido ninguno la mayoría absoluta, se convoca una segunda vuelta en la que Hindenburg obtiene el 53 por 100, Hitler el 36,8 por 100 y Thaelmann el 10,2 por 100, con la retirada de Duesterberg.

La fuerza electoral de los nazis se había doblado después de diecisiete meses. En abril, Bruening, que prefiere que los nazis no lleguen a ser demasiado fuertes, consigue de Hindenburg un decreto por el que se prohíben los ejércitos privados de aquéllos, las SA y las SS. Pero a finales de mayo, y tras una serie de intrigas encabezadas por el

general Von Schleicher, Hindenburg exige la dimisión de Bruening y nombra canciller a Von Papen, que constituye un Gobierno «por encima de los partidos». Schleicher forma parte de este nuevo gabinete, que bajo su inspiración, levanta en junio la prohibición de las bandas armadas de los nazis y disuelve el Reichstag, convocando nuevas elecciones para el 31 de julio.

En la nueva campaña electoral, Von Papen prohíbe toda clase de desfiles y manifestaciones políticas durante las dos semanas que preceden a la votación. A pesar de ello, los nazis organizan una marcha escoltada por unidades de la policía en una zona obrera de Hamburgo que constituye una auténtica provocación a los obreros y termina con 19 muertos y 285 heridos. Este incidente es utilizado como pretexto por Von Papen para suspender los poderes del Gobierno prusiano, todavía socialdemócrata, al que acusa de no ser capaz de mantener «la ley y el orden», y tomarlos así en sus propias manos. Los trabajadores se disponen en todo el país para ir a la huelga general a la orden del SPD, pero éste capitula tras una breve protesta verbal que apenas dura unas pocas horas. El KPD llama a la huelga general, pero su «referéndum rojo» contra el mismo Gobierno que ahora quiere defender no ha sido olvidado, y el llamamiento es un fracaso. En las elecciones del 31 de julio al Reichstag, los nazis consiguen el 37,4 por 100 de los votos, situándose ya en primer lugar frente a los socialdemócratas, que consiguen un 21,6 por 100, y los comunistas, que logran el 14,6 por 100.

En septiembre, prácticamente la totalidad de los partidos apoyan en el Parlamento un voto de censura contra el Gobierno de Von Papen. En las elecciones de noviembre el número de votantes de los nazis disminuye, obteniendo de nuevo menos votos que el total de socialdemócratas y comunistas. Von Papen es sustituido en la Cancillería por Von Schleicher, que va a durar tan sólo cincuenta y siete días. El 30 de enero de 1933, Hindenburg, que había sido apoyado

en las elecciones presidenciales por los socialdemócratas contra Hitler, nombra a éste nuevo canciller. Los dirigentes socialdemócratas, para quienes el nombramiento de Hitler es, a fin de cuentas, «constitucional», prohíben a sus afiliados toda clase de protestas callejeras. Los del KPD hacen responsables a los socialdemócratas y llaman una vez más a la huelga general sin respuesta.

Los nazis, mientras tanto, no pierden el tiempo: llenan con sus seguidores el aparato policial y comienza el terror contra los partidos de la oposición, incluso los moderados, y disuelven el Reichstag convocando nuevas elecciones, que esta vez ya no serán libres (la prensa y los mítines del KPD, por ejemplo, han sido prohibidos, y sus dirigentes empiezan a llenar las cárceles o a tomar el camino del exilio o la clandestinidad).

En las elecciones de febrero de 1933, los nazis consiguen el 43,9 por 100 de los votos, frente al 18,3 por 100 del SPD, el 12,3 por 100 del KPD, y el 11,7 por 100 del centro, pero los diputados comunistas están huidos o en prisión, y en marzo Hitler obtiene poderes especiales del Reichstag por 441 votos contra 84, con el solo voto en contra de los socialdemócratas. Éstos pasan a apoyar la política exterior de Hitler e invitan a los trabajadores a desfilar en el «Día Nacional del Trabajo» organizado por Hitler. Al día siguiente, los dirigentes sindicales son enviados, a pesar de sus buenos oficios, a campos de concentración. La suerte está echada. El proletariado alemán ha sido entregado atado de pies y manos al fascismo. Pero esto no impide a los dirigentes socialdemócratas atribuir toda la responsabilidad a las «provocaciones» comunistas e izquierdistas, ni a los dirigentes del KPD proclamar que su línea política ha sido «completamente correcta antes y durante el golpe de Estado de Hitler», al que sólo auguran unas pocas semanas de vida, tras lo cual vendrá «el turno de los comunistas».

Los hechos hablan por sí solos, pero el análisis teórico es igualmente necesario, y constituye el objeto del trabajo

de Ernest Mandel que tenemos la satisfacción de presentar.

Madrid, abril de 1976

I

La historia del fascismo es también la historia del análisis teórico del mismo. La aparición simultánea de un fenómeno social nuevo y de las tentativas efectuadas para comprenderlo es más sorprendente en el caso del fascismo que en cualquier otro ejemplo de la historia moderna.

Esta simultaneidad tiene sus orígenes en el hecho de que la súbita aparición de ese nuevo fenómeno parecía alterar el curso de la historia hacia el «progreso». El *shock* que experimentaron los observadores atentos del proceso fue todavía más fuerte en la medida en que esa sacudida de la historia vino acompañada del ejercicio directo de la violencia física sobre los individuos. Bruscamente, el destino histórico e individual de millares, y posteriormente de millones de seres humanos, se transformaron en una misma cosa. No sólo sucumbieron los partidos políticos sino que la existencia, la supervivencia física de importantes grupos humanos, se convirtió súbitamente en un problema.

Por todo esto, podemos entender por qué aquellos que se sentían directamente afectados se esforzaron casi inmediatamente por llegar a comprender la situación en la que se hallaban inmersos. De las cenizas de la primera «casa del pueblo» que incendiaron las bandas fascistas en Italia surgió inevitable la pregunta: ¿qué es el fascismo? Durante cuarenta años (hasta el periodo inmediato a la posguerra) esta pregunta fascinó simultáneamente a los principales teóricos del movimiento obrero y la intelectualidad burguesa. A pesar de que la presión de los acontecimientos histó-

ricos y del «pasado no aprehendido»^[1] se ha relajado en alguna medida en los últimos años, la teoría del fascismo sigue constituyendo un tema obsesionante para la sociología y la ciencia política.

Para los que conocen hasta qué punto las pretendidas ciencias de la historia se encuentran determinadas socialmente, no resulta extraño constatar que las tentativas de interpretación de la mayor tragedia de la historia europea contemporánea contienen a menudo más ideología partidista que análisis científico^[2]. Los hechos objetivos, indiscutibles de la realidad histórica contemporánea constituyen el material básico del análisis científico. Cada nueva generación de investigadores de las ciencias políticas y sociales hereda la mayor parte de los conceptos operativos mediante los que pueden organizar y reorganizar ese material básico. Esos conceptos sólo se renuevan parcialmente y puede considerárseles, asimismo, como adquiridos. Sin embargo, ni los conceptos operativos ni el material determinan, en ningún caso, la forma en que esos instrumentos analíticos son aplicados al material, ni los resultados a los que conduce esa aplicación. Objetivamente, por ejemplo, a partir del concepto de «partido burocrático» creado por Robert Michels o del de «intelectualidad flotante» inventado por Manheim, se puede avanzar en varias direcciones. Pero el tratamiento científico, generalmente no desarrolla todas las posibles vías al mismo tiempo, sino tan sólo una o alguna de ellas. Además, las principales orientaciones de la investigación científica sostienen generalmente concepciones políticas particulares que refuerzan la suficiencia de ciertas clases sociales y reducen, simultáneamente, en gran medida, su grado de vulnerabilidad política y moral frente a los ataques de las clases sociales que les son hostiles. En consecuencia, difícilmente podemos dudar del hecho de que nos hallemos en presencia de un proceso funcional, es decir, que la interpretación dominante de un acontecimiento his-

tórico determinado cumple una función específica en los conflictos sociales en curso^[3].

Por tanto nos parece evidente que difícilmente puede explicarse la aparición conjunta del fascismo y de su análisis teórico por el simple hecho de que la realidad empírica presionaba con urgencia en ese sentido. Los teóricos intentaron aprehender la esencia del fascismo no sólo por amor hacia la sociología o el saber científico en general, sino también porque partían de la hipótesis, perfectamente razonable y fácil de comprender, de que cuanto mejor comprendieran la naturaleza del fascismo, mejor podrían combatirlo.

Así, el crecimiento paralelo del fascismo y su análisis teórico implica necesariamente una cierta inconsecuencia. El fascismo pudo desarrollarse con rapidez durante veinte años porque su naturaleza real no había sido correctamente comprendida, porque sus adversarios carecían de una teoría científica del fenómeno, y porque la teoría dominante de la época era falsa o incompleta.

Es necesario hablar de inconsecuencia porque no pensamos que la victoria temporal del fascismo en Italia, en Alemania y en España sea el resultado de ciegas fuerzas del destino, inaccesibles a la acción de los hombres y las clases sociales, sino más bien el producto de las relaciones económicas, políticas e ideológicas entre las clases sociales del capitalismo tardío^[4] que pueden ser comprendidas, calibradas y dominadas. Partiendo de la hipótesis de que la victoria temporal del fascismo no era inevitable, ni estaba predeterminada, se deduce que una teoría correcta y esclarecedora de ese fenómeno habría facilitado enormemente la lucha contra él.

La historia del ascenso del fascismo es por tanto, al mismo tiempo, la historia del carácter inadecuado de la teoría dominante del fascismo. Lo que no significa en absoluto que sólo existiese esa teoría. En la periferia de las fuerzas políticas organizadas con audiencia de masas se encontra-

ba una inteligencia cuya precisión en el análisis no puede más que inspirarnos asombro y admiración. Esos teóricos comprendieron el nuevo fenómeno. Pronto supieron el peligro que representaba. Ellos alertaron a sus contemporáneos e indicaron cómo vencer al monstruo amenazador. Hicieron todo lo que era posible hacer en el terreno de la teoría.

Pero la teoría por sí misma no puede hacer historia; para obtener resultados necesita a las masas. Las burocracias que dirigían las organizaciones de masas de la clase obrera las mantuvieron alejadas de la teoría adecuada del fascismo, de la estrategia y la táctica eficaces para combatirlo. El precio que pagaron fue el de una derrota histórica y a menudo el del exterminio físico. El precio que la humanidad pagó fue incomparablemente mayor. Los 60 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial son tan sólo una parte del tributo pagado por la humanidad, ya que las consecuencias objetivas de la victoria del fascismo (especialmente en Alemania) existen todavía hoy, en más de un aspecto^[5].

Sin embargo, nada sucede en vano en la historia; todo hecho histórico tiene, a largo plazo, resultados positivos. Si bien la teoría científica del fascismo no tuvo suficiente influencia de masas para detener la marcha triunfal de las bandas fascistas en los años treinta y a comienzos de los años cuarenta, hoy todavía resulta pertinente. Si sus enseñanzas son asimiladas, puede aclarar y explicar los nuevos fenómenos sociales de la posguerra y puede preparar a nuevos combates y evitar nuevas derrotas.

No es, por tanto, un azar que el renacimiento del marxismo creativo en Alemania Occidental (renacimiento estimulado sobre todo por la radicalización masiva de los estudiantes) haya despertado el interés por la teoría del fascismo.

Justo es, también, que el primer libro de las obras completas de León Trotsky que se publicó en Alemania Federal